



SERIE **BARBARIANS**

**BARBARIAN
ALIEN**
RUBY DIXON

• Matchstories

Barbarian Alien

Ruby Dixon

Traducción de Rogelio Alejandro Romero Álvarez

 matchstories

Título original: *Barbarian Alien*

© Ruby Dixon, 2015, 2022

Publicado en acuerdo del autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, Nueva York, EE. UU.

© por la traducción, Rogelio Alejandro Romero Álvarez, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Esencia es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© de las imágenes del interior, Candycatdesigns / Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-08-28001-9

Depósito legal: B. 17.024-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Liz



Kira y yo miramos a Megan y Georgie, que presionan los botones del panel del casco de la nave alien para intentar abrirla y sacar a las chicas encerradas en su interior. Hay seis cápsulas, y cada una de ellas contiene a una cautiva; ninguna sabe dónde está o cómo ha llegado ahí.

—No sé si ellas son las afortunadas y nosotras las desafortunadas o al revés —le digo a Kira.

—Las afortunadas —me responde en un tono suave y monocorde. Mantiene la vista fija en las luces parpadeantes y la pared oscura del casco—. No tienen ni idea de lo que hemos pasado últimamente.

Gruño para indicar que estoy de acuerdo, más o menos. En realidad, no sé si coincido con la opinión de Kira, a veces puede ser muy pesimista. Aunque es verdad que estas semanas no han sido una fiesta para el resto de nosotras, es mejor saberlo todo que vivir en la ignorancia.

Supongo.

Kira y yo nos limitamos a mirar porque estamos demasiado débiles para ayudar. De las seis, Georgie sigue siendo la más fuerte; ese alien se ha encargado de que hiciera tres comidas completas al día y le ha proporcionado ropa cálida. Las demás nos quedamos atrapadas aquí; Megan es la que se encuentra mejor de nuestro pequeño grupo. Por mi parte, yo me siento extenuada y somnolienta, los dedos de los pies me duelen terriblemente. Una de las piernas de Josie se ha roto

por dos puntos y nadie sabe cómo curarla. El tobillo de Kira está hinchado y ella está muy débil. Es posible que Tiffany esté muerta, ya que no somos capaces de despertarla de su profundo sueño; se espabiló lo suficiente para beber un poco de caldo y volvió a caer inconsciente.

No necesitamos que los aliens nos lo digan para darnos cuenta de que este planeta nos está matando. Es obvio.

—Se está abriendo—dice Megan, y tanto ella como Georgie retroceden—. El panel se desliza por la pared con un siseo, igual que en las películas de ciencia ficción. Dentro hay una chica vestida solo con camiseta y ropa interior; la rodean unos extraños bucles que están conectados a su garganta.

No puedo evitar un estremecimiento.

Georgie y Megan estudian a la durmiente, tratando de descifrar la mejor manera de liberarla. Al final, optan por arrancar los tubos y cables que la recubren; ella se despierta y empiezan a darle arcadas. Instantes después, está tirada en el suelo vomitando el último de los tubos y Megan acaricia su espalda. Bueno, ya está. Para bien o para mal, ahora somos una más.

Con los ojos abiertos como platos, la nueva empieza a sollozar. Es evidente que está confundida y asustada. Kira se pone de pie y la atrae hacia ella. Entre arrullos reconfortantes y tranquilizadores, la abraza y la ayuda a alejarse de la pared. Sin que nadie las toque, el resto de las cápsulas se abre de repente.

—¡Mierda, creo que hemos activado algo!—exclama Georgie, y se dispone, junto con Megan, a liberar a la siguiente chica. En cuestión de minutos, hay algunas más tiradas en el suelo. Con dificultad, me levanto para echarle una mano.

Escucho el sonido de las voces de los aliens mientras avanzo cojeando hacia ellas. Al girarme, la joven que más cerca se encuentra de mí empieza a soltar gemidos histéricos.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois?

Le tiendo la mano.

—Soy Liz, y te lo explicaré todo en cuanto saquemos a las demás, ¿de acuerdo?

Como continúa gimoteando, me muerdo el interior de la mejilla para contenerme y no pegarle un grito. Yo estoy hecha una pena, y es probable que esté a punto de seguir a Tiffany en el camino hacia la muerte, pero ¿caso me veis chillando y lloriqueando?, pienso. No, claro que no. Me como mi mierda y punto.

Agarro a otra chica, una pecosa con una brillante melena pelirroja, y entonces la chillona suelta unos gritos ahogados de terror.

—Oh, por Dios, ¿qué es eso? —Cuando, con un dedo tembloroso, señala algo en la distancia, le doy un manotazo.

—Es de mala educación señalar —le digo, pero todas las nuevas, que ya han visto a los aliens que acechan al borde del casco, están sofocando sus gemidos horrorizados. Otra se echa a llorar, y una tercera se aferra a mi cuello como si quisiera que la cogiera en brazos para protegerla, lo que hace que el dolor en los dedos rotos de mis pies se vuelva casi insoportable. Me giro para mirar a Georgie—. Esto es un problema. Haz algo, intrépida líder.

—Claro —me responde, corriendo hacia los aliens. Al punto, todos ellos salen de la bodega de carga para dejarnos solas.

—Sentémonos aquí —dice Kira con tono reconfortante.

Tenemos una fogata, agua y mantas.

—Hace frío —se queja una—. Estoy helada, ¡y no llevo pantalones! ¿Dónde están mis pantalones?

—Eso es porque unos aliens te secuestraron mientras dormías —la informo—. Nadie tiene sus jodidos pantalones.

Kira me da un golpe en el brazo para pedirme que me calle. Lo admito, no soy la mujer más paciente del mundo. ¿Acaso es un crimen?

—Las mantas están aquí —les indico, sintiéndome como si fuera una mamá gato, de unos gatos que no paran de maullar y chillar, en vez de una mamá pato. Al fin, logramos reunir las alrededor del fuego y arroparlas con las mantas que nos proporcionaron los chicos alien.

—Aún tengo frío —se queja una. Incluso envuelta en la manta, sus dientes no paran de castañetear.

La observo y trato de no juzgarla. Hace una semana ni siquiera teníamos esto. ¿Mantas, fuego y comida? Un maldito lujo. Pero, claro, ellas estaban encapsuladas y no saben cuál es la situación.

—¿Ahora qué? —pregunta Kira. ¿Por qué me mira a mí? Georgie es la líder, no yo. Pero ella está ocupada tratando de convencer a los aliens de que mantengan sus aterradoras caras lejos de nosotras, así que supongo que soy... ¿como el Robin de Batman? Algo así.

De modo que asumo el mando.

—Muy bien, escuchadme, vamos a sentarnos en un corro para jugar a las presentaciones, como hacen en los retiros corporativos. ¿Alguna trabaja en una oficina? —Sin parar de sollozar, dos de las chicas levantan la mano. Yo asiento. Bueno, es un comienzo—. En ese caso ya sabréis cómo funciona esto. Por turnos, cada una irá diciendo su nombre, edad y a qué se dedica. Luego, contáis tres cosas interesantes sobre vosotras. Eso nos servirá para conocernos mejor.

—¿Dónde estamos? —pregunta una entre hipidos.

—Ya llegaremos a esa parte —les digo—. Enseguida. Ahora, vamos... Empecemos contigo. —Me vuelvo hacia la pelirroja pecosa que está a mi lado; parece que está lidiando con esta extraña situación mejor que las demás, lo cual es bueno. Ella me observa como si estuviera loca, pero me da igual. A estas alturas, estoy bastante segura de que lo estoy. Es decir, estoy organizando una ceremonia de bienvenida en una nave alienígena que se ha estrellado.

La chica resopla, se frota la cara y decide mantener la calma.

—Mi... nombre es Harlow, tengo veintidós años y estoy estudiando Veterinaria. —Parpadea un minuto, perdida y desamparada.

—Cuéntanos un poco más sobre ti.

—Eh... No me gusta el marisco...

Con eso basta. Señalo a la siguiente. A la llorona, que sigue sollozando y cuya nariz no para de gotear. A través de su torrente de lágrimas, nos cuenta que se llama Ariana, que nació en Jersey y que tiene miedo.

Junto a ella está Claire, una chica con unos grandes ojos marrones que parece asustada. Su voz es apenas un susurro, pero no la obligo a hablar más alto. Le toca a la furiosa y feroz Nora. Luego vienen Marlene, con una expresión impávida y un fuerte acento francés, y Stacy, que se esfuerza mucho por no llorar. Bien por ella. Según avanzan las presentaciones, nos damos cuenta de que todas tenemos la misma edad.

Es mi turno. Me llevo una mano al pecho.

—Mi nombre es Liz Cramer. Tengo veintidós años, igual que vosotras. Trabajaba como registradora de datos en una pequeña oficina de impresión. Crecí en Oklahoma, me gusta cazar y el tiro con arco. Hace tres semanas fui secuestrada por unos aliens.

Las chicas se tapan la boca y Ariana gimotea con más fuerza.

—Vaya manera de soltarles la noticia... —masculla Kira.

La ignoro. Esto es como quitarse una tirita: es mejor hacerlo rápido y dejar que lo procesen.

—Poneos cómodas, porque vais a escuchar la peor historia de campamento que se haya contado jamás.

Entonces, hablo.

Les explico cómo, tres semanas atrás, los hombrecitos verdes me secuestraron en plena noche. Cuando me desperté, estaba en una bodega oscura y pestilente con un montón de mujeres en pijama. Les digo que pretendían vendernos en algún tipo de estación comercial interplanetaria como si fuéramos ganado, que las seis se encontraban en una especie de cápsulas de hibernación, y que mis nuevas mejores amigas y yo éramos el material extra.

Al escuchar sus exclamaciones de angustia, entiendo que comienzan a comprender la situación. Así es, ellas eran la carga real. ¿En cuanto a mí, Kira y las chicas despiertas? Bueno...

—¿Como cuando vas a la tienda a por cerveza y ves que las patatas fritas están en oferta y antes de darte cuenta tienes el carro hasta arriba de patatas fritas? Pues podéis llamarme Pringle.

Nadie se ríe de mi chiste. Está bien. Aun así, me parece gracioso. Siempre hay que buscar el lado cómico de las desgracias.

—En fin, parece ser que nuestros amigos aliens se volvieron ambiciosos y les dio por llevarse a todas las humanas que cupieran en su nave. Al principio éramos nueve.

Abren mucho los ojos y Ariana empieza a lloriquear otra vez. Ojalá tuviera un calcetín para metérselo en la boca.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta Nora.

—¿El qué?

—Que iban a vendernos. Tal vez fueran a llevarnos a un sitio bueno, ¿no?

Claro, y yo soy Casper, el jodido fantasma simpático. Señalo a Kira, que me observa con el ceño fruncido.

—Ella es Kira, y lleva un traductor. Tuvo la suerte de que la recogieran primero, por lo que le insertaron una especie de dispositivo en la oreja gracias al cual entiende el idioma de los aliens. Así fue como nos enteramos de lo que estaba sucediendo, de que nos iban a vender y de que no planeaban llevarnos a Planeta Malibú para que nos bebiéramos unos margaritas mientras tomábamos el sol.

—Liz —susurra Kira. Nora se encoge de miedo.

Sé que no estoy siendo comprensiva. Lo sé, y no estoy segura de que me importe.

—Así está la cosa. Esos aliens nos sacaron de nuestros hogares. Nos etiquetaron como ganado. —Señalo el bulto de mi brazo, bajo el cual hay un pequeño objeto de metal que sospecho que funciona como un GPS—. Pensaban vendernos como cerdos al mejor postor en un mercado de ganado. Y aunque algunos tipos se tiran a sus cerdos...

—Qué asco —murmura alguna.

—...la mayoría solo se los come —concluyo—. De modo que os pido disculpas si no estoy dispuesta a ser indulgente con nuestros captores. Los hombrecitos verdes no eran agradables. Unos guardias nos vigilaban día y noche, y algunos de ellos violaron a varias de las chicas. Nos encerraron en una jaula. Nos obligaban a cagar en un cubo. Nos trataron peor que a bestias salvajes. Creo que necesitáis saber todo

esto para entender por qué apestamos y estamos cansadas, hambrientas y enfermas. ¿De acuerdo?

A mi alrededor, las chicas asienten. De nuevo, las lágrimas resbalan por el rostro de Ariana.

—¿Nos comerán?

—No por ahora —la calma Kira. Debería ser ella la que estuviera hablando. Por algo es la amable. Sin embargo, me mira para que prosiga, y yo vuelvo a tomar la palabra.

—Los aliens se han marchado... Por ahora. —Les explico brevemente nuestra rebelión y cómo Georgie acabó con uno de los guardias, justo cuando lanzaron nuestra bodega de carga a este planeta. Ahora somos residentes de No-Hoth, como hemos llamado a este lugar inhóspito, cubierto de nieve, en el que hace un frío del demonio.

Nuestro aterrizaje fue bastante jodido. Ninguna salió ilesa: dos chicas murieron, al igual que tres dedos de mis pies, por lo que soy incapaz de caminar más de unos pocos metros. Al menos sigo viva.

—Una vez que evaluamos nuestras heridas, Georgie, la más valiente y la menos perjudicada, salió con la única prenda de abrigo que teníamos en busca de ayuda. Las demás nos quedamos aquí, congelándonos. ¿He mencionado que estábamos en pijama? No es la ropa más calentita, que digamos.

La chica de mi lado, Harlow, me ofrece su manta, avergonzada. Niego con la cabeza. Estoy demasiado cansada para molestarme. Y, por extraño que resulte, me he acostumbrado a tener el culo helado. Esto es nuevo para ella, así que puede quedársela.

Esta última semana la he pasado acurrucada entre un montón de mujeres sucias, miserables y heridas para conservar el calor. Ha sido una semana de ignorar los olores ajenos, de terror abyecto cada vez que se escuchaba el menor sonido fuera del casco medio roto de la nave, y de preguntarnos qué sería de nosotras. Nuestro pelo está asqueroso, nuestras axilas apestan y la caca se desborda del cubo. Pero no tenemos zapatos y apenas algo de ropa, de modo que no podíamos salir a limpiarnos, porque fuera la ventisca arreciaba. Estábamos

atrapadas y nuestros suministros de alimentos y agua disminuían por momentos. Trato de alejar esos recuerdos.

Cada noche me duermo pensando si viviré para ver un día más.

—Georgie fue a buscar ayuda —añade Kira cuando nota que me quedo callada demasiado rato.

Yo asiento y continúo con la historia.

—Regresó después de unos días acompañada de un enorme bárbaro azul con cuernos, cola y ojos azules brillantes. Su nombre es Vek-tal, y es uno de los lugareños.

Me salto la parte de que se está acostando con él. Es decir, el tipo llegó con comida y mantas, de modo que me da igual si ella hace trabajos manuales para el Increíble Hulk, siempre y cuando él nos cuide.

—Nos dejaron algunos víveres y fueron a por refuerzos para nuestro rescate —les digo—. Esos son los chicos demonio que habéis visto.

Algunos rostros se iluminan.

—¿Entonces son buenos?

—Son condicionalmente buenos. —Me pregunto hasta dónde debería llegar, porque nuestro futuro no pinta muy allá.

Resulta que No-Hoth no es un planeta hospitalario. Además de ser muy frío y estar plagado de monstruos que quieren convertirnos en su cena, en nuestro nuevo hogar también se respira una especie de gas venenoso que nos va matando poco a poco. De hecho, ya estamos padeciendo los efectos: Tiffany está en coma en un rincón y yo estoy tan cansada que apenas consigo levantar la cabeza; ahora mismo solo me apetece tirarme en el suelo y dormir. Y empeorará. Este elemento nocivo del aire acabará con nosotras, porque al no ser de aquí no estamos preparadas para procesarlo.

Sin embargo, hay una solución. Más o menos.

La cura para nuestra sentencia de muerte es un simbiote que los nativos llaman *khui* y las humanas llamamos *bicho*.

Se supone que, para vivir, debemos ser... infectadas. Admito que me entusiasmó bastante la idea de un rescate. Estoy contenta aunque el

vaso de Kira esté siempre medio vacío. Aunque me pone los pelos de punta imaginar algún organismo extraño viviendo en mi interior.

Parece que el bicho es la respuesta a nuestros problemas, pero hay una trampa, según nos ha explicado Georgie.

El khui está interesado en propagar especies. Entonces, ¿qué pasa cuando se encuentra con dos personas que cree que serían buena pareja y harían un bebé perfecto juntas? Ocurre algo llamado *resonancia*. El bicho comienza a vibrar en tu pecho cada vez que te acercas a tu nueva pareja y no se detiene hasta que concibes al bebé. Y en la tribu de Vektal, de aliens azules de dos metros de altura con cuernos, solo quedan cuatro hembras.

Si nos quedamos, obtendremos más que un rescate. Obtendremos esposos. Vektal ya ha reclamado a Georgie para sí mismo y, por lo que se ve, ella está muy feliz. No se quitan los ojos de encima.

Así, no solo recibiremos un bicho, sino también un marido. Y ni siquiera podemos elegirlo. No estoy segura de cómo me siento al respecto. De modo que, cuando he dicho que estos aliens son «condicionalmente buenos», no mentía. Lo son porque quieren a alguien en quien poner su mezcla para hacer bebés.

—Son buenos —repito con una sonrisa forzada—. Estoy agotada. —Ignoro la mirada de preocupación de Kira, y esta vez, cuando alguien me ofrece unas mantas, las cojo y me acurruco en ellas.

—¿Qué le pasa? —pregunta alguien—. Tiene muy mal aspecto.

«Estoy enferma, no sorda», pienso malhumorada. Pero tanto hablar ha consumido mi escasas fuerzas, así que dejo que Kira responda.

—Tiene la enfermedad —explica ella con su suave voz—. Todas la pillaremos, a menos que consigamos el simbionte.

—¿Por eso es tan mala? —susurra una de ellas; Claire, creo.

¿Soy mala? Impaciente tal vez. ¿Extenuada? Sin duda. Y enferma. Me arrebujó en las mantas; ya ni siquiera huelo el hedor ni siento frío. Solo estoy... cansada. Muy cansada.

—Ha tenido un mal día. —Escucho a Kira responder—. Dadle tiempo.

Es verdad. He tenido un mal día. Es raro pensar que, después de haber sido secuestrada por aliens y de sobrevivir en una bodega de carga gélida, apestosa y destrozada durante una semana con solo un camisón, podría tener un día peor. Pero ¿qué creéis? Sí, sí puedo. El motivo de mi mal día llega un instante más tarde. Camina hacia mí, que trato de hacerme pequeña e invisible debajo de las pieles. Ignora los gritos asustados de las otras y casi se deja caer a mi lado.

Luego, retira las mantas y empuja una taza de algo humeante debajo de mi nariz.

No dice nada, solo aguarda.

—¡Lárgate! —le digo malhumorada, y trato de cubrirme más.

El alien no me deja. En cambio, retira los cobertores y los pone fuera de mi alcance. Y empuja la taza debajo de mi nariz de nuevo. Es obvio que, si quiero recuperar mis mantas, tendré que beberme esa taza de infierno humeante que mantiene pegada a mi cara.

Es idiota.

Tomo el recipiente de su mano, lo fulmino con la mirada y trato de ofrecérselo a alguna de las otras.

—¿Alguien tiene sed?

Él sujeta mi mano y la dirige de vuelta hacia mí con un leve gruñido, como indicándome que la bebida es única y exclusivamente para mí.

—¿Quién es ese? —susurra débil y asustada una de las chicas.

—Parte del rescate —respondo sin inmutarme—. La parte agresiva y gilipollas del rescate. —Me llevo la taza a la nariz y la olfateo. Huele como a carne y alguna especie de planta. También apesta a calcetín sucio y percibo un toque como de pimienta que hace que me lloren los ojos—. No lo quiero. —Trato de alejarla. Mi estómago se ha encogido de hambre en la última semana; solo pensar en tragarme eso me provoca náuseas.

El alien me la tiende con su gran mano. Su feo rostro hace una mueca y se mueve con inquietud, esperando. El mensaje es claro: no irá a ninguna parte hasta que me la beba.

Mierda.

Tomo un sorbo del caldo y empiezo a toser de inmediato. Estos aliens tienen unas papilas gustativas muy extrañas. Georgie compartió algunas de las raciones de viaje de Vektal con nosotras, eran como morder un aerosol de gas pimienta concentrado. Este té caliente de calcetín es asqueroso. Hago un gesto de repugnancia y lo dejo a un lado, solo para que el alien repita la operación.

—Me pregunto si me obligarás a lamerlo del suelo si lo derramo —farfullo para mí misma, pero le doy otro sorbo. No sabe tan mal la segunda vez... ¿A quién pretendo engañar? Es repulsivo, pero me lo bebo porque esta criatura alta, oscura y bruta no se marchará hasta que lo haga. Me cuesta mucho trabajo tragármelo y, cuando por fin veo el fondo, descubro una especie de fango que me provoca arcadas, aunque me fuerzo a acabármelo. Luego, le devuelvo la taza.

Él coloca las pieles sobre mis hombros y las acomoda a lo largo de mi cuerpo. Se inclina hacia mí y contengo la respiración. La nave está en completo silencio, siento todos los ojos sobre nosotros. Cuando termina de ajustar las mantas, yo frunzo el ceño y él me dice:

—Raahosh.

A continuación, se pone de pie, fulmina a los demás con la mirada y se aleja rápidamente.

—¿Qué ha dicho? —pregunta una.

—Es difícil de traducir —responde Kira, y toca el aparato de su oreja—. Algo como «El enojado que gruñe».

—Es su nombre —digo, aunque solo es una suposición.

Bastardo gruñón le queda de maravilla. Esta no es la primera vez que Raahosh se acerca para saludar. Desperté de un sueño comatoso para encontrarlo frente a mí, intentando que mi garganta seca tragara un poco de agua. Se autoproclamó mi salvador personal y aparece de vez en cuando para traerme carne, bebidas y asegurarse de que me mantenga caliente. En resumen, me ha estado rondando desde que llegaron los cazadores y estoy empezando a hartarme.

Por lo general, no me suele importar que un tipo me corteje con obsequios y atenciones. Y menos ahora, que me estoy muriendo de hambre. Pero estos regalos vienen con un precio. Era obvio que buscaba una pareja y que me ha echado el ojo. Sin embargo, en su pecho no se escucha esa extraña vibración. Georgie me ha dicho que Vektal tenía un khui, un bicho, como nos gusta llamarlo, y que cuando reconoció a su pareja, lo hizo vibrar y le dieron ganas de tener sexo con ella. Vektal vibra por Georgie; Raahosh, en cambio, no emitía sonido alguno.

Lo cual es un alivio para mí..., aunque también me confunde. Si no vibra conmigo, ¿por qué me sigue buscando? No tiene sentido. Estúpido alien. Me relamo los labios y luego hago una mueca, porque aún conservan el sabor del té.

—Es espantoso —dice Claire—. ¿Son todos iguales?

—No, Raahosh es más aterrador que los demás —respondo con jovialidad. Me alegra que no hable nuestra lengua, porque no sé qué haría si me escuchara hablar mal de él.

Vektal sí tiene algo, a pesar de su tamaño descomunal. Es azul, y Georgie dice que su piel es suave como la gamuza. Unos cuernos grandes y arqueados emergen de los bordes de la línea de su pelo y se enroscan alrededor de su cabeza, como un carnero de dos metros. Es, además, puro músculo, y tiene una cola y unas extrañas crestas llenas de bultos en los brazos y en la frente. Los otros se le asemejan, con algunas variaciones en la altura, el color y los cuernos. Los típicos aliens azules que uno se encuentra por ahí.

Raahosh destaca entre los demás en varios aspectos. Para empezar, es el más alto. Lo cual no es gran cosa, teniendo en cuenta que todos superan los dos metros. Sus hombros no son tan anchos como los de Vektal, lo que solo significa que es enorme, en lugar de colosal. Y mientras que la piel de Vektal es de un tono azul puro, la de Raahosh es más oscura, de un azul grisáceo que lo hace parecerse más a Ígor, el amigo de Winnie the Pooh.

Las cicatrices tampoco ayudan. Un lado de su ancho rostro alien

está surcado por profundos cortes en la frente y los ojos que revelan algún violento encuentro pasado en el que fue derrotado; se extienden por su cuello y desaparecen bajo su ropa. El cuerno en esa parte de su cabeza es un muñón dentado; el otro forma un arco hacia arriba, como un elegante recordatorio de lo que perdió. A esto, añadamos una boca firme perpetuamente fruncida con aversión y unos ojos rasgados que brillan con el extraño tono azul del simbiote.

De modo que sí, creo que es justo decir que Raahosh da más miedo que los otros.

El hecho de que haya decidido acosarme es... molesto, por ser suave. Les dije a Georgie y a las demás que haría cualquier cosa por una hamburguesa con queso. Pero que un alien me reclame como si fuera de su propiedad resulta... extraño. ¿Ni siquiera tengo opción? Esto es como si dijera «quiero una hamburguesa con queso» y alguien me pusiera un pepinillo en la mano y me respondiera «pues te jodes con este pepinillo».

Entonces, por aquello de estar pensando en objetos fálicos, vuelvo a mirar a Raahosh. No de una manera obvia, por supuesto. Estoy acostada y mis ojos están casi cerrados, pero puedo verlo a él y a otro tipo moviéndose al fondo de la nave, haciendo paquetes y revisándolo todo dos veces. No diviso ni a Georgie ni a Vektal por ninguna parte. Observo a Raahosh, que se inclina y luego se pone de pie.

Tiene una cola muy larga. Me pregunto si eso será un indicador de cómo está equipado en otra..., eh..., zona.

No es que me importe. Tal vez, si es que al final consentimos que el bicho ese viva en nosotras, el mío no lo elija a él. Me pregunto cómo se lo tomará don Insistente.

Sueño despierta con la expresión de su cara cuando mi bicho lo rechace y me vuelvo a dormir.